

Los Contemporáneos

DE JARDÍN
A JARDÍN

NOVELA

POR

J. Aguilar Catena



Número extraordinario

10 Cents.

Ayuntamiento de Madrid



“Z E A”

PURGANTE

eficaz, agradable, inofensivo. El mejor para los niños.

25 céntimos

SELLO

cura rápidamente dolores de cabeza, muelas, oídos, etc. corrige y evita los dolores del período.

30 céntimos

De venta en Centros de Específicos, Farmacias y Droguerías de toda España.
Especialidades “ZEA” Fontuny, 13, Barcelona.

Magnesia para Disptépticos

Un especialista lo recomienda en vez de drogas

“Solo aquellos que están constantemente al lado de los que sufren de indigestión y dispepsia pueden completamente darse cuenta del mal que causa el uso indebido de drogas y digestivos artificiales.” Esta observación la hizo un especialista recientemente, y añadió: “Yo casi nunca recomiendo el uso de drogas al tratar de turbaciones digestivas o de enfermedades del estómago, pues en casi todos los casos he probado que la causa determinante es la formación exagerada de ácidos en el estómago y la consiguiente fermentación de los alimentos. Por lo tanto, en vez de las drogas que anteriormente se usaban en todas partes, recomiendo invariablemente el uso de magnesia para neutralizar las acideces y eliminar la fermentación de los alimentos; y los maravillosos resultados que he obtenido durante los últimos tres años me han convencido de que no hay mejor tratamiento para la indigestión, dispepsia, etc., etc. Debe desde luego entenderse claramente que yo no uso o recomiendo tales formas de magnesia como citratos, acetatos, sulfatos, etc., pues éstas con frecuencia hacen más mal que bien; nada pues, más que la magnesia pura *bisurada* o sea la forma recetada por los médicos, debe emplearse para neutralizar las acideces del estómago. No es difícil de obtener, pues en realidad veo que la venden todos los principales farmacéuticos al módico precio de pesetas 3.50 por frasco. Media cucharadita de magnesia *bisurada* tomada con un poco de agua después de las comidas es, por lo general, más que suficiente para neutralizar instantáneamente la acidez y eliminar la fermentación de los alimentos, obteniéndose así una digestión natural sin dolor aún para los que sufren crónicamente. La magnesia *bisurada* debe siempre adquirirse en una botella de vidrio azul, y así puede conservarse por un período indefinido.

**HIPOFOSFITOS:
:SALUD**



**DA VIDA
Y
VIGOR
A LOS
DÉBILES**

AVANCE AL COMPRAR EL PRIMER FLASCO Y CON VENTA MENOR EN LUGAR TIPOFOSFITOS :SALUD.-EN LA ARGENTINA PRIMER TIPOFOSFITO

Fábrica de corbatas

Camisas, guantes - - -

- - - géneros de punto.

Elegancia, surtido y economía.

Precio fijo. 12, CAPELLANES, 12. Precio fijo

Ayuntamiento de Madrid

DE JARDÍN A JARDIN

Inspirada en una anecdota atribuida a una de nuestras «estrellas» de fama mundial.

¿Quién habló de Colegios vetustos y sombríos? ¿Quién de procedimientos de enseñanza brutales y anticuados? ¿Quién de negocios locos emprendidos con fines extraños en absoluto a la Pedagogía y en íntima relación con el tanto por ciento?

Quien tal dijera puede asegurarse que no pasó por el Centro de enseñanza establecido en las afueras de la capital y para la preparación de las más diversas carreras, por don Bonifacio Cuadrado y Redondo, latinista insigne y espíritu abierto a todas las modernidades siquiera fuesen tan contradictorias entre sí como las precisiones geométricas de sus apellidos.

Era don Bonifacio hombre bonachón, comprensivo, capaz de deducir un acierto en la intención del hecho más preñado de errores tremebundos. Compañero más que profesor de sus alumnos y versado en achaques de humanidad tanto al menos como en descubrir silogismos en bárbara por habilidosamente que estuviesen tejidos y por altas autoridades que los sustentaran, era el más indicado para regentar con aciertos inasequibles al resto de los mortales, un Centro docente como el que dirigía, llamado a disfrutar de todos los prestigios.

—Velar por la salud espiritual y corporal de los alumnos—decía don Bonifacio como aforismo inicial de su programa—es el primer deber, no ya del pedagogo sino de quienquiera que ejerza más o menos transitoriamente las elevadas funciones tutelares.

Campo, aire puro, sol; ¿con qué mejor, si a esto se añade una sana y abundante alimentación, pueden ser tratados hombres en formación, naturalezas en transición, energías que nacen y apetitos que se insinúan?

Fuera de la ciudad, como ya dijimos, el edificio en que estaba constituido el internado de don Bonifacio, unido a la urbe por la línea de tranvías como cordón umbilical y al campo por los tapiales del amplio jardín que lindaban con un pobladísimo pinar, si algo requería más era su situación al Mediodía y la tenía, lectores, por añadidura.

El régimen del internado se basaba en la separación, en el individualismo. Nada de salas de estudio en que unos alumnos distraen a otros con la mera presencia o con la simple peculiaridad del gesto; en que la atmósfera se vicia rápidamente, en que la inspección colectiva o la advertencia ante los demás supone desde luego un

rebajamiento en la moral, una noción falsa de lo que ha de ser la dignidad y el amor propio de los que comienzan a ser hombres.

Una Biblioteca para quien quiera cultivarla, siempre abierta, siempre propicia. El estudio, por libre elección, en el cuarto propio o en el jardín, donde cada uno encuentre mejor y más rápidamente sus necesarias concentraciones espirituales. Un cuarto para profesores asequible a todos y en el que siempre hay quien pueda aclarar una duda, resolver una consulta, dar un consejo o señalar una orientación. ¿Qué más puede pedirse ni ambicionarse?

En esta casa de bendición fué depositado un día 2 de Octubre de un año que no hay para qué precisar, aunque no hace mucho que transcurrió, y para estudiar la carrera de Ingeniero de Caminos, Roque Frías, el más infantil, el más ingenuo, el más sencilló y el más romántico de cuantos hijos mandó a educar a la Villa y Corte el insigne pueblo de Taramagón, un poco de honra y otro poco de prez de la alta Andalucía.

—Viene usted tan recomendado a mi atención, mi querido amigo, se me hacen tales ponderaciones de sus cualidades y de la conducta que hasta aquí observó, lo mismo con relación a sus estudios que a la vida social, que yo he de extremar el celo, si es posible, en cuanto a su desenvolvimiento por lo que a los unos y a la otra respecta. Hecha esta observación, debo decirle que aquí encontrará usted una continuación a la familia, un poco menos severa, un poco más comprensiva, como requieren su edad y el puesto que está usted llamado a desempeñar. Se irá usted enterando del régimen del establecimiento, que no puede ser más respetuoso con los alumnos. Disfrutará usted de una amplia libertad dentro de

la casa, y fuera en los días y horas convenidos. En lo único en que no soy ya rígido si no implacable es en la hora de volver a la Academia. La libertad se adquiere en esta casa por una implícita palabra de honor de no faltar a las reglas establecidas.

No volver a la hora señalada, no es simplemente retrasarse; es faltar a la palabra dada, al régimen convenido. Los pocos alumnos expulsados de aquí, lo han sido por eso. La primera vez, me limito a una simple observación. La segunda amonesto. La tercera conmino. La cuarta, lo comunico a la familia. Al alumno que por quinta vez se retrasa, no le digo una palabra, pero indico a sus parientes la necesidad absoluta de que vengan por él, porque en esta casa no puede permanecer ya un momento más.

—Esto significa — se dijo Roque Frías— que habré de abstenerme de los paseos como no me sobre tiempo con exceso. Ya veremos. A veces no es tan fiero el león como lo pintan.

En esta apreciación estaba total y absolutamente equivocado.

—Una cosa sola hay en el mundo que pueda hacer retrasarse a un escolar cuando está debida y severamente advertido — decía familiarmente don Bonifacio; el compromiso con una mujer. ¡Y esto es grave! Pero esto motiva un retraso y para esto no tengo yo más que una ligera observación. Cinco compromisos con una sola, no es ya una cosa accidental; es un lazo. En ese lazo está cogida por entero mi responsabilidad. Cinco compromisos con mujeres distintas, no son ya un lazo, es una línea de conducta. Una línea que parte de mi Establecimiento. Una línea que en esta casa se señala con un punto. Un punto que no puede permanecer sin grave daño de la moral que es cosa respetable y de mis intereses respetabilísimos. Así pues...

Por eso era más fiero el león que lo pintaban.

El hotel, pues hotel era el edificio en que el Colegio de don Bonifacio se instalara, fué al principio un despier-to vigia en las avanzadas de los en-sanches de la urbe. El se anticipó a la urbanización aprovechando el es-caso valor del terreno. Otros, por lo-gro le siguieron. En pocos años, la carretera se convirtió en avenida y la avenida se pobló por igual de ho-teles primorosos en sus márgenes, de árboles copudos que daban sombra a las fachadas de los hoteles. En los jardines alternó el frutal con la en-redadera y los rosales.

Don Bonifacio vió con alegría a sus primeros compañeros de vanguardia. Después con un poco temor, no cier-tamente porque viniesen ellos, sino por si con ellos llegaba algún lobo de su misma camada. Temor desvanecido por completo al ver cómo los que se instalaban lo hacían en busca de salud o de recreo y precisamente para des-cansar de los negocios. Y la vida de don Bonifacio transcurriría plácida y tranquila, ajena a todo desvelo, sin aquel hotel, precisamente el colindante con el suyo, uno de los más fastuosos de la Colonia, habitado al principio de construirse con gran algarabía y abandonado y desalquilado después mucho tiempo, porque la muerte es-cogió precisamente aquella finca y no otra para hacer su primera víctima entre los esforzados.

La triste circunstancia fué la me-jor defensora de los deseos de don Bonifacio.

Mas la sinrazón, que duró demasia-do, tuvo su término. Un término que coincidió con la llegada de Roque Frías. Un término que dió lugar a que los alumnos del Colegio de San Ig-nacio estuviesen durante dos o tres días sin textos, porque don Bonifacio andaba atareado en averiguar quién podía ser el osado que a pesar de todo quitaba el alquiler y se adentraba en el hotel ajeno a prejuicios y leyendas.

No era tan fácil el hallazgo de la

verdad como don Bonifacio suponía. Más de una vez entabló relaciones con una mujer vieja y pulcra que repre-sentaba a los nuevos inquilinos, sin obtener del palique más resultado que si no se molestara en las preguntas.

Los carreros que trajeron los mue-bles no fueron más explícitos.

Don Bonifacio apuntó que la vieja hablaba de "su señorita". Los mue-bles guardaban relación con el apela-tivo, y por muchos y buenos decían a la larga—ya lo dijera el alquiler cre-cido del hotel—que se trataba de per-sona de posición.

Un poco más tranquilo, pues aun-que fuese Colegio sería de mucha-chas, y el tren no denunciaba el Co-legio en manera alguna, don Boni-facio se dedicó a sus menesteres y fué entonces precisamente cuando los alumnos, y con ellos Roque Frías, sin-tieron despertárseles el comezón de la curiosidad, bien que en su caso, no precisamente por los mismos senti-mientos que don Bonifacio, y con cau-sas harto más justificadas.

La alegría de tener vecinos, por la probabilidad de vecinas, y la posibi-lidad de vecinas bonitas, era bastante a justificar el movimiento de interés; pero es que además los alumnos que para nada se preocuparon de los mue-bles, ni de la vieja, no dejaron de re-parar en una doncella, rubiota y lin-da, con los caracteres un poquito car-gados, y capaz, por su desenvoltura y su donaire, de llevar la revolución a la Academia de más sesudos varones, cuanto no a una asamblea juvenil de hombres en iniciación, que dijera don Bonifacio.

Con todo ello se perturbaron no poco los naturales comienzos de cur-so en el Colegio, tan patriarcales y tranquilos siempre. Mas se entró al fin en caja y la labor de la curiosidad y del espionaje quedó reducida a las horas de recreo.

Roque Frías miró detenidamente su cuarto. Una cama, con su mesilla de noche, un armario para la ropa; varias sillas; una mesa; su *étagère* para los libros y un balcón al jardín. El cuarto tenía regulares dimensiones, estaba empapelado de blanco, y resultaba alegre y bonito hasta dejarlo de sobra en los días, como los que transcurrían, del más delicioso de los Otoños.

—Aquí habrá que estudiar por gusto—se dijo Frías.

Y hubiese dado comienzo de una manera ardorosa a la tarea sin los sucesos que quedan debidamente anotados y que si fueron bastantes a alterar la vida de don Bonifacio, qué mella no harían en Frías, que por primera vez pisaba la capital, que por primera vez se encontraba solo, libre de la paternal tutela, y que por primera vez también le pareció que veía la luz del mundo.

Y Frías observó con placer que de todo el Colegio su balcón, desde el que dominaba todo el jardín vecino, era el más estratégico de los observatorios.

La vida no era mala. A las seis de la mañana aconsejaba levantarse el Reglamento. Unos lo cumplían y otros no. Nadie se molestaba en averiguar quién faltaba al consejo. A las siete y media se desayunaba y a este acto ya no era tan disculpable faltar, aunque se consentía. A las ocho era absolutamente necesario tomar el tranvía para los que tenían clase en la Universidad. Los que no, esperaban tranquilamente la llegada de sus profesores o la salida para las Escuelas especiales. Se comía a la una sin más excepciones que las debidamente justificadas por las clases. Se daba un pequeño reposo después, y luego se estudiaba hasta las cinco o las seis, según la época. De cinco a siete o de seis a ocho, duraba el recreo en el que los alumnos podían salir o entrar a placer, sin

más exigencias que las de la hora de retorno. Y después, la cena y a estudiar con arreglo a las exigencias de cada uno.

Los más utilizaban los recreos para salir, bien a la Colonia, bien alejándose hasta la capital; los menos se quedaban en el jardín, verdaderamente delicioso. Alguno, como Roque Frías, apenas cumplidas las necesidades sociales, dirigíase a su observatorio porque le placía esta quietud y esta soledad, y este medio de averiguar lo que todos estaban ansiosos por saber. Y era difícil, porque aparte de la servidumbre femenina y un portero con cara de pocos amigos, nadie en el hotel vecino dió cuenta de su existencia.

Y se había vuelto ya por completo a la normalidad, había abandonado Frías su observatorio algunas tardes convencido de lo infructuoso de su labor, y se habían creado los lazos de la amistad y del compañerismo entre los que antes no se conocieran, cuando una tarde, cuando menos se esperaba, Gutiérrez, un estudiante de Derecho se permitió reunir en cónclave a los que se hallaban en el jardín devanando su aburrimiento y soltó entre ellos la bomba:

—Señores, hay vecina, y vecina estúpida.

Y los comentarios surgieron acalorados y las curiosidades con vehemencia. Frías procuró escapar sin que advirtieran su ausencia. Subió rápidamente a su cuarto, se encerró en él, arregló las persianas de manera que no le viesen desde el jardín los compañeros y por rendijas apenas visibles clavó los ojos en la posesión colindante. Y de aquella atalaya, ensomador y estremecido, no se separó hasta que avisaron para la cena.

Gutiérrez no mintió; pero se equivocó lamentablemente creyendo que

sus ojos fueron los primeros que avizoraron la dama rubia y sus encantos esplendrosos. Alguien, antes que él, en el deber y en el deseo, dió cima tras no pocos esfuerzos al mismo fin. ¿Necesitaremos subrayar que quien se anticipó a Gutiérrez fué don Bonifacio? Don Bonifacio supo para gran satisfacción suya que la dama no traía afán ninguno de enseñanza. La pedagogía de la dama, de tener alguna, se refería a materias tan distintas de las que hacían el objeto del Colegio, que era ofender a la realidad temer la competencia. Mas no bien esta alegría lograda, un movimiento de inquietud enarcó las cejas de don Bonifacio. Si no competencia, ¿podría representar esta vecina un objeto de perturbación, una nota desfavorable a la moral, un atentado continuo a la normalidad en la vida del Colegio?

Don Bonifacio se creyó en el caso de dar cuenta a los profesores con más de diez alumnos, únicos a los que concedía voto en el régimen interior de la casa. Y los profesores opinaron que si bien, dadas las apariencias de la vecina, no era lógico suponer que se dedicara a los menudos menesteres de alterar la vida en el pensionado; que si era de esperar que en su conveniencia particular estuviese no crear ningún nexo que no fuese absolutamente respetable con sus colindantes y convecinos, como alguna vez por casualidad o excepción que confirma la regla se da el caso de que por acción u omisión resulta una verdadera perturbación del orden en los Colegios a causa de las influencias nocivas del exterior próximo, a don Bonifacio incumbía la vigilancia estrecha de los actos de la dama rubia hasta tanto que, formado un juicio definitivo, se acoplase a él la línea de conducta a seguir.

Y como la voz de los profesores se acomodaba al voto que él previamente se formulara, he aquí por qué don Bonifacio se dedicó con más afán

que el propio Frías a vigilar el jardín vecino y a entrevistar al portero con tenacidad y frecuencia tantas, que el arisco y celoso servidor de la dama rubia se vió en el caso de señalar al director del Colegio que en adelante no contestaría a ninguna de sus preguntas ni correspondería a ninguna de sus zalemas.

Las cosas que hizo don Bonifacio para conseguir que fuera depuesta tal actitud, no son para dichas. Que lo logró plenamente, sí es para contado. Una tarde—¡oh, dolor ofrecido en holocausto de la Pedagogía!—, don Bonifacio averiguó por el portero, entre quince y quince consumido en el misterio de una taberna cortesana, que los atractivos personales de la dama rubia fueron su capital primero, y que, orgullosa, altiva y aristocrática, jamás descendería a otorgar una sonrisa a quien no se acercase a ella con escudos heráldicos en la portezuela del coche y los prestigios concluyentes de un Creso en un efectivo talonario.

—Jamás se desvió de esa línea, jamás vaciló en su conducta—añadió el servidor—. Claro es que donde la conocen cuentan leyendas y absurdos que la gente cree o hace como que cree y que mi señora no se toma la molestia de desmentir, porque él que circulen la halaga y más el que circulen sin que ella tenga que hacer nada por lograrlo; pero ya verá cómo el tiempo se encarga de demostrar a usted, que un convento de frailes alteraría más con sus cánticos el régimen interior de su Colegio, que mi señora con todo el estruendo de sus desenfrenos.

Don Bonifacio, acaso no quisiera decir si le plugo o no tal afirmación. Sonrió primero. Se quedó un poco pensativo después, y luego, pretextando urgentes ocupaciones, dió fin a aquella charla, en que el vilipendio andaba minando su autoridad y la serenidad de su ánimo de indefinible

modo. El director no durmió muy tranquilo aquella noche. ¿Preocupado con los intereses del Colegio? ¡Oh, no! Más que nunca estaban seguros y afianzados. Un poco obsesionado con una linda cara de mujer rubia, y de grandes ojos claros y luminosos, como un ensueño, como una tentación, como un anhelo, del que asustaba el nombre pero no la esencia. Y don Bonifacio, podemos asegurarlo, aquella noche durmió mal.

Hubo, pues, de intervenir el tiempo con esa elocuencia seca y categórica que le caracteriza. Y el tiempo, en un mes, demostró las siguientes cosas:

Que la dama rubia no daba lugar con su conducta al más leve reproche.

Que la dama rubia estaba lo suficientemente asentada en la prosa de la vida, para no coronar por excentricidad ningún ensueño, siquiera fuese acariciado con entusiasmo tan grande y tan celoso como el de don Bonifacio, borracho, pese a sus latinismos y a sus humanidades, de la más loca y venenosa de las ilusiones.

Que la dama rubia no concedía ingreso en su casa ni alternativa en la interioridad de su vida, sino a un viejo señor, respetable a no dudarlo y adinerado también, sin ninguna duda, que pese a todas las determinaciones atmosféricas presentábase en su automóvil ante el hotel todos los días a las cinco de la tarde, y salía de él una hora y media o dos horas después.

Que la dama rubia gustaba poco del jardín y de las ventanas que daban a él, puesto que se la veía muy raramente,

Y que la dama rubia poseía una servidumbre en que la indiscreción era la excepción confirmadora de una regla de discreciones, muy pocas veces quebrantada para asombro de cuantos se dedicasen a los estudios psicológicos acerca de las servidumbres de todo orden.

Mostrado todo lo cual por el tiempo, se llegó a la consecuencia de que don Bonifacio se obstinase cada vez más en el imposible anhelo de acercarse a la dama rubia y ofrendarla el más puro y romántico de los amores; de que Frías se obsesionase con el mismo afán, como si fuese la dama rubia la primera y la última mujer que había de acelerar la marcha de su corazón con emociones jamás sentidas ni adivinadas, y de que Pepito, el afeminado a su pesar, se marchitase de no dormir pensando en la dama rubia, e imaginando imposibles diálogos de un idilio ambicionado aun a costa de la misma vida, miserable y prosaica.

En cuanto a los demás alumnos, prosaicos o miserables, si impresionados en el primer momento por la belleza extraordinaria, no seducidos para siempre, siguieron el rumbo de estudios sin más preocupación que los recreos, y los recreos sin más preocupación que la de la capital, que les atraía de un indecible modo.

Fué el tiempo así quien trajo la normalidad a todos, puesto que los tres que pudieran exceptuarse cuidaron bien de que las apariencias no denunciaran las interioridades de cada uno. Así, don Bonifacio veló estrechamente por la buena y debida marcha del Colegio. Frías, por sus estudios. Y Pepito, el único que resueltamente decidió no estudiar, no apartó el libro de sus manos, siquiera entre sus líneas no estuviese jamás su pensamiento.

—Esa cara no me gusta, Pepito. Está usted más delgado, más pálido, más ojoso—. ¿Se siente usted mal?

—Le preguntó un día don Bonifacio.

—No; le aseguro a usted que no. Nunca me he sentido tan bueno. Es que, por lo visto, hay temporadas en que está uno así.

—Pues así no se puede continuar. Hay que hacer un esfuerzo. No sale

usted nunca; hay que distraerse, oxigenarse, vivir, en una palabra. De lo contrario, avisaré al médico del Colegio.

—Pero si le digo a usted que estoy bien, señor director.

—Pues que yo lo vea, Pepito, que yo lo vea.

Pepito se asustó un poco de la advertencia. ¿Estaré realmente demacrado?, se preguntó. Buscó la contestación en un espejo, y como la respuesta era concluyente, no de manera menos categórica se dijo Pepito: “No, esto no puede seguir así. Saldré. Iré a la capital, al centro, procuraré distraerme. Don Bonifacio tiene razón.”

Y Pepito, muy enamorado, pero muy egoísta, cometió la avilantez de no dejarse sucumbir de romanticismo, y reduciendo la ración de amor platónico, salió una tarde, y otra y todas, buscando fuera de la pensión la salud que en ella iba dejando lentamente.

No era la salud de Pepito, ciertamente, la que preocupaba a don Bonifacio, no porque no le inspirase ella, como la de todos los alumnos, cierto interés. Lo que contrarió grandemente al director fué la persistencia del alumno, antes de la amonestación, de no dejar tarde alguna el jardín, y hasta enterarse con cierto disgusto, por las manifestaciones del jardinero, que se trataba de un escolar que no sólo gustaba de las frondas, sino que había dado en la manía de adosar a los tapiales la escalera de la jardinería y permanecer sobre ella en indiscreta atalaya todo el tiempo que duraba el recreo. Y esto, naturalmente, no podía consentirse; pero darse por enterado, equivaldría a denunciarse celoso o a mostrarse prodigio de espionaje. Y ni lo uno ni lo otro convenían a su autoridad. Por eso, don Bonifacio, acreditándose de nuevo como desvelado director, llegó a la solución sin mostrar la cau-

sa. Y no hay que decir que el resultado colmó la medida de sus deseos.

Don Bonifacio pudo creerse solo en la contienda que pusiera a la suerte por infinito amor hacia la dama rubia, mas si creyó tal cosa, don Bonifacio se equivocó de una manera definitiva. No en el jardín, pero en la propia casa había de sufrir la más enconada y tenaz de las competencias, y Roque Frías era el encargado de sustentarla. Bien es verdad que advertir a Roque Frías tras las persianas, colocadas estratégicamente, era tarea más difícil que la de descubrir a Pepito, y ni las denuncias del jardinero ni la voz de los celos habían de ayudarle en esta prueba. ¡Y cuánto no más terrible y afortunado competidor era Roque que el ingenuo Pepito, propicio a ser desviado del camino de tan gracioso y fácil modo!

Roque, de día como por de noche, no abandonaba su observatorio. Roque había dado, si no con el cuarto de dormir de la dama, sí con la habitación de baño, ¡cuánto no más sugerente y deleitosa! Roque había entrevisto—aunque la realidad iba tan por encima de sus anhelos que lo ponía en duda después de haber pasado—algún que otro *deshabillé* alucinante, y hasta había asistido, desde lejos, naturalmente, a alguna entrevista de la dama rubia con el venerable caballero de todas las tardes, en la penumbra de una habitación íntima, el ademán indolente, la charla acariciadora, la mirada lánguida, el cigarrillo turco saboreado voluptuosamente mientras el té humeaba en un servicio, digno de una emperatriz del más vasto de los imperios.

De todo lo cual andaba ayuno, para su bien, don Bonifacio, lo que le permitía dormir con tranquilidad desconocida en absoluto para Frías, y alimentar la llama de la pasión senil y pueril al propio tiempo con cierta beatitud, con relativa serenidad, con alguna calma.

Don Bonifacio, un día que se advirtió más grave que de ordinario, pensó:

—Me parece que voy de tontería en tontería. Es verdad que éstas no lesionan mis intereses; pero no es menos cierto que dominan tan en absoluto mi pensamiento, que de no estar encarrilada como está ya la vida del Colegio, se quebrantaría gravemente en daño mío. ¿Qué me es dable esperar? Nada. Ni por mis años ni por mi posición puedo aspirar a una aventura de amor o de interés. ¿Quién abogaría por mi causa? Claro es que dejaría yo de ser humano si no diese lugar a esta contradicción enorme entre mi convicción y mi actitud. Yo debo reconocer que no hay motivo alguno, ninguna causa que me haya podido permitir acariciar el imposible con una probabilidad siquiera de alcanzarlo; pero, sobrenadando sobre todo eso, está el anhelo indomeñable, el afán rebelde a toda sugestión, el pensamiento laborando siempre en la orientación misma. Y su cara, sus ojos, su voz, su gentileza aparecen con más frecuencia en mis ideas que todo otro cuidado o menester.

Y don Bonifacio se quedaba perplejo. y tenía razón para estarlo; pero ¿quién tenía la culpa de que el director no analizara otras facetas que las entonces actuales? ¿A qué el olvido de los necesarios antecedentes? Y los antecedentes de don Bonifacio le conminaban terriblemente al desatino. Su vida había sido relativamente ejemplar. Dedicado a la conquista del pan en negocios que más tocaban con la fantasía que con el campo de los negocios, pululó inverosímilmente por la vida, hasta que dió con el venero real y tangible del Colegio. Y entonces el Colegio le absorbió por entero.

Apenas si tuvo don Bonifacio la aventura vulgar y callejera, que casi nunca merece el nombre de aventura; apenas si pudo pensar en crearse un estado distinto a aquél que las cir-

cunstancias le fueron ofreciendo. Y así, se acumularon y durmieron en él todos los apetitos, todas las sensualidades. Y así, porque estaban tan a flor de piel, bastó el nombre, la leyenda, el arañazo, la sensación de que estaba cerca lo extraordinario, lo prohibido, para que remontándose sobre toda reflexión—ya hemos visto que don Bonifacio las hacía—pudiese ser una realidad el absurdo.

En cuanto a Roque Frías, ¿quién diputara de inverosímil la floración?

Así, en fuerza de monólogos el uno, y de tenacidad sin monólogo y sin duda el otro, fueron creciendo las dos hogueras, amenazadas, según todos los indicios, de agotamiento por consunción.

El primero en retrasarse en la vuelta al Colegio fué Gutiérrez. El segundo, Pepito.

A Gutiérrez lo entretuvo una partida de billar. A Pepito, la contemplación de una camarera que en un café céntrico encontró con un asombroso parecido con la dama rubia.

Ambos hubieron de recibir la indicación de don Bonifacio de que aquello no debía repetirse. Gutiérrez se defendió bravamente. Pepito se puso muy colorado, quiso replicar y no supo hilvanar una excusa.

Don Bonifacio pensó que en la falta de Pepito tenía él una buena parte.

Al advertir su mal irremediable, el director buscó de nuevo una conversación con Acisclo, el portero de la dama rubia.

Una conversación que tuvo por lugar el mismo que en la interpelación precedente: una taberna. Una conversación larga, nutrida de pesimismo por parte de Acisclo y de mosto por parte de don Bonifacio.

Y aquella tarde el director debió reprocharse a sí mismo por la hora de llegada.

—¿No sale el señor Frías?

—No, señor.

—Pero ¿no sale nunca?

—Nunca, señor.

—¿En dónde se mete, que yo no lo veo? En el jardín, ¿no?

—En el jardín, no. En su cuarto.

—¿Y así pasan los meses? Eso no puede ser.

Salió el ordenanza del despacho de don Bonifacio. El director, después de meditar un rato, creyó conveniente que compareciera Frías, y Frías se presentó.

—¿Usted no sale?

—No, señor.

—¿Por qué?

—Por varias razones—. Frías, que había temido siempre parecida pregunta, llevaba una respuesta elocuente: —En primer lugar, porque soy un poco tardo y necesito estudiar más horas que los demás. En segundo, porque carezco de dinero para los gastos menudos que se producen en la calle, y en tercero, porque mis medios para la carrera son escasos y necesito terminarla cuanto antes.

—Son tres razones definitivas.

—Así lo creo yo.

—Pero todo debe tener un término medio. No digo yo que salga todos los días, pero alguna vez, al jardín al menos, porque usted se encierra en su cuarto, y aunque tiene todas las condiciones de salubridad necesaria, eso no es bueno.

—Bajaré al jardín alguna vez.

—Está bien; puede usted retirarse.

Y Frías se retiró. Y don Bonifacio, por vez primera en su vida, se preguntó si estaba ante el ejemplar más extraordinario de aplicación, o se acababa de dejar tomar el pelo por el primer recién venido.

Y el director se propuso dilucidarlo.

—Es la segunda vez que se retrasa, Gutiérrez. ¿También por una partida de billar? Hay que hacerlas cor-

tas. Y si no, lo mejor es suspenderlas como estén cuando llegue la hora.

—¡Como me tienen tan recomendando el ejercicio físico, y ése es tan agradable!

—Está bien, está bien; pero es la segunda vez que se lo advierto.

Gutiérrez, encogiéndose de hombros, se encaminó a su cuarto.

—Te advierto, Pepito, que esa cervecería te va a sentar mal.

—¿De qué cervecería hablas?

—No te hagas de nuevas. Esa camarerita del pelo oxigenado es una cosa que no te conviene.

—Para una perra gorda que la doy de propina.

—No es por lo que la des, sino por lo que te da.

—Cognac todas las tardes.

—Pero es que con ese cognac te intoxicas.

—¡Palos con gusto!

—Allá tú.

Por la camarerita del pelo oxigenado, que se daba un cierto aire con la dama rubia, sufrió Pepito la segunda amonestación a causa de retraso.

Gutiérrez no tenía derecho a reprochar a Pepito su camarerita. ¡Qué lo había de tener! Pero se creía más viejo, más corrido y con más autoridad para dar un consejo que otro cualquiera. Eso sí, que convencido de que él lo necesitaría cualquier día o cualquier tarde, como la tarde, por ejemplo, en que se retrasó por tercera vez.

La reprimenda del director fué de una energía inusitada; pero la modistilla que lo entretuvo en las Cuatro Calles en una despedida hasta el día siguiente después de una hora de pique, era merecedora de que se recibiese por ella, no una reprimenda, sino ciento.

Gutiérrez sintió verdaderamente que

no fuese por ella el primer aviso. Y además adquirió la certeza de que los que viniesen vendrían por ahí.

Gutiérrez, que no era nuevo en el establecimiento, sabía que acaso lo único serio del Colegio estaba en la hora de llegada. El año anterior había sido expulsado otro estudiante por la misma causa, y quién sabe si por la misma modistilla. Y, francamente, volver al pueblo o sufrir un castigo familiar que dejara memoria, y su padre era muy capaz de ello, se le apetecía poquísimo a Gutiérrez.

El problema se planteaba seriamente por esta vez. O ¡adiós modistilla! o ¡adiós Colegio! Si el ¡adiós Colegio! no tuviese otras consecuencias, la duda no era posible. Pero...

Gutiérrez se pasó algunas horas meditando, y al final de su meditación sonrió encantado del resultado.

—¿Cómo ha vuelto tan temprano, Gutiérrez?

—No he querido incurrir de nuevo en su enojo, señor director.

—Eso está bien.

Pero maldita la gracia que le hizo a don Bonifacio que Gutiérrez tomase posesión del jardín, dispuesto a pasar en él todo lo que quedaba de recreo.

Bien es verdad que Gutiérrez apenas si había hecho otra cosa que advertir a la modistilla que en unos cuantos días no podría ir a buscarla, y que en el jardín, Gutiérrez, poco romántico pero expeditivo, estaba buscando la continuación.

—¿Esta tarde no sale, Gutiérrez?

—No; no quiero incurrir...

—Ya, ya; está bien.

¡De qué buena gana le daría don Bonifacio patente para volver cuando quisiera, con tal de que se marchara!

Y Gutiérrez no salió ni la tarde siguiente ni a la otra. Con gran desesperación de don Bonifacio. Y con gran contrariedad de Frias, que pensó en la posibilidad de un nuevo y temible rival.

Gutiérrez suspiraba por la dama rubia también; pero de otra manera.

En el jardín unas veces, en la puerta del Colegio otras, Gutiérrez no descansó hasta que pudo hablar con la doncellita de la dama rubia, y exponerle, a vuelta de piropos, su petición.

—Dile a tu ama, por Dios, que consienta que pasemos por un jardín al otro, cuando alguien se retrase. Si no, nos cuesta la salida del Colegio, y no sabes lo que eso representa para nosotros.

La doncellita no quería. Gutiérrez insistió tan persuasivamente, que quedó en decirlo a su ama. Y el escolar, tranquilo y confiado, se dedicó a resolver el segundo término del problema: el alejar del jardín a don Bonifacio. La cosa parecía imposible. Y lo fuese en realidad si Gutiérrez no oyera el final de una conversación que en voz baja mantenían en la sala de profesores, el de Francés con el de Química.

—Sería cosa de reír si no lo tomara tan en serio. Pero ¿creerá de veras don Bonifacio que una mujer con ese tipo y ese tren le va a prestar atención? ¿Y por ella se pasa en el jardín muertas las horas haciendo el cadete?

Gutiérrez hubiese seguido escuchando de buena gana. La noción del peligro de que le vieran pudo más que la curiosidad. Y le pareció que tanto él como sus compañeros eran los estudiantes más torpes de la creación, cuando no habían descubierto lo que los profesores acababan de decir.

—¡Don Bonifacio, enamorado como un chicleo de la dama rubia! ¡Pues ya tenía bastante!

Gutiérrez pensó al principio en pro-

vocar una chacota sin precedentes con el descubrimiento. Después lo meditó mejor y decidió explotar sólo el conocimiento.

Aquella misma noche, cuando todos los escolares habían ya vuelto y ya no había que se sospechase exclusivamente de él, Gutiérrez dejó en el despacho del director una carta escrita con letra de un indudable femenino, y que decía:

"La indiscreción es la peor condición de enamorado.

"En el jardín te ven tus alumnos. ¿Qué ves tú?

"En cambio, todas las tardes, apenas un caballero que la visita la deja, sale en coche o en automóvil y va a lugares donde puedes verla, y hasta ser presentado a ella, y ¡hasta hablarla!

"En el jardín te ven demasiado tus alumnos. ¿Qué ves tú?"

La mordedura de una víbora no hubiese hecho saltar a don Bonifacio tan rápidamente.

—¡Tengo que averiguar quién es el autor de esto! Pero sea quien sea, el caso es que tiene razón. ¡No más en el jardín!

—¿Y accede tu señora?

—Ya lo dijo al portero.

—Pero encárgale que guarde el secreto, porque si se lo dice al director ¡no hemos adelantado nada!

—¡Qué ha de decir! ¿Querrá usted creer, señorito, que según me ha dicho el señor Acisclo, su director de usted está tocao por la señorita, y hasta lo convida a una copa con tal de hablar de ella y ver si se presta de intermediario?

—¿Y lo sabe tu señorita?

—Y se ríe hasta no poder más.

Gutiérrez pensó que la doncellita de las características acentuadas merecía más atención que la que hasta entonces le había concedido.

—Mira si estaré yo agradecido a lo

que has hecho, que desde hoy te abono a turno impar.

—¿Y qué es eso?

—Que un día sí y otro no, nos vamos a dar unas vueltecitas por la Colonia, si te place, y...

—Si puedo.

—¡Cómo que no vas a poder, si te lo pido yo!

La doncellita y Gutiérrez se miraron insistentemente, y acabaron por reír los dos deliciosamente del acuerdo. Gutiérrez pensó que jamás le había salido más redonda una jugada. Por un lado, la libertad. Y por otro, la doncellita. ¡Completamente redonda!

Don Bonifacio, después de un estudio detenido de la letra con que se escribiese la carta anónima y de la manera de escribir de alumnos y profesores, creyó fundadamente, a su entender, que guardaba un extraordinario parecido con la del profesor de Química.

Y a los pocos días, muy correcta y delicadamente, expuso al mencionado profesor la necesidad en que se veía de prescindir de sus servicios.

Lo que el profesor respondió fué más que suficiente para convencer a don Bonifacio de la razón de sus presunciones. ¡Así que no fué clara la indirecta acerca del descuido del director en apreciar la marcha de los estudios y la alusión al jardín en que don Bonifacio pasaba la vida!

Reemplazado el profesor, sólo quedaba la confirmación de lo que en la carta anónima se le apuntaba. Y don Bonifacio pudo creer que era el Evangelio. En efecto; casi todas las tardes apenas se iba el caballero de la dama rubia salía ésta en coche o automóvil para un destino desconocido.

Don Bonifacio tardó unos cuantos días en saber que iba a los teatros o a los salones de varietés, y hasta alguna tarde a una aristocrática cervicería en que damas de la más ran-

cia nobleza o de la alta banca tomaban sus aperitivos.

Una persecución por tales derroteros podía llevar a don Bonifacio hasta la bancarrota; pero ¿si sin verla casi hizo el director extremos como los que apuntados quedan, qué no se sentiría capaz de hacer, pudiéndola contemplar a su sabor desde una butaca de Apolo o de Romea?

Y ganaba tanto la dama en la contemplación, que don Bonifacio se creyera por ella loco de remate si la dama se sintiese capaz de hacer llegar a locura la buena manía del director; pero o no lo veía o lo veía y se reía de tal modo, que otro que no fuese él estuviese más que seguro de la burla.

En tanto, Gutiérrez, plenamente convencido del éxito de la estratagemma, usó y aun abusó de la hospitalidad del jardín vecino, llevando su caridad a extremos de enseñarlo a los demás con gran disgusto del señor Acisclo, pero con no menor contentamiento por parte de la doncellita, que esperando a Gutiérrez al pie de la escalera consiguió convertir en turno a diario lo que el galán sólo como impar habíala ofrecido.

Roque Frías observaba con celos martirizantes todos los manejos. A su extrañeza por la ausencia del director en las horas que antes pasase en el jardín, sucedió la emoción tremenda de ver una tarde a Gutiérrez saltando los tapiales.

Aquello podía ser una casualidad; pero esto se parecía tanto a un consentimiento, que por primera vez se consideró Frías vencido antes de luchar y por primera vez le pareció también que el imposible no sólo se alejaba, sino que perdía valor a sus ojos con harto dolor de su alma.

De buena gana le hubiese pedido a Gutiérrez una sinceridad; pero esto era tanto como confesar el propio mal y acaso provocar su risa.

Sería difícil pintar su dolor ni las contradicciones de su rostro en aquellos momentos en que presenciaba los escalos de Gutiérrez, al que él imaginaba procedente del más acabado de los Paraísos.

Después, cuando observó los diálogos de su compañero con la doncella, se tranquilizó un poco pensando en que allí estaría el secreto de la libertad. Luego experimentó como un consuelo viendo que otros compañeros disfrutaban de la misma licencia. Y su alegría no tuvo límite, cuando comprobó que casi siempre estaba fuera la dama rubia, lo que permitía suponer que ni siquiera tenía conocimiento de ello. Y esto hasta le indignó un poco.

Y como eran largos los soliloquios de Frías, llegó a alimentar como una secreta esperanza la ilusión de saltar también él en una tarde en que por casualidad estuviese la dama en el jardín, pretexto acaso para una conversación, quizás...

Se dilataban tanto los horizontes de Frías, que es difícil seguir su examen de posibilidades. Pero Frías no tardó mucho en averiguar, de labios del mismo Gutiérrez, que no puso dificultad alguna para ello, que la licencia estaba conseguida y que él fué el que trajo las gallinas de la libertad, merced a sus conversaciones con la doncellita de características acentuadas.

Es decir, que Frías podía salir y volver tarde y saltar...

Frías soñó aquella noche tales cosas, que al día siguiente, sin necesidad de espoleos de nadie, salió a dar una vuelta por la Colonia, convencido de que así convenía a su salud y a la claridad y firmeza de sus pensamientos.

—¿De manera, señor Acisclo, que usted cree...?

—Si usted no se molestara por la verdad, señor director...

—¿Qué me he de molestar? Además, comprenderá usted que a mi edad estas cosas se agradecen.

—Pues la verdad es que si mi señorita supiese que usted se ha atrevido siquiera a pensar en ella...

—¿Qué? ¡Acabe, hombre!

—Que tendría risa para todo el año. ¡No conoce usted a mi señorita!

—Sí, lo comprendo, señor Acisclo, lo comprendo; pero es que luego la mira uno y se emboliconan...

—Dígamelo usted a mí.

Don Bonifacio lo sabía ya. Pero sabiéndolo, el oírlo de boca del señor Acisclo elevaba a la última potencia sus pesimismo.

Aquella noche se dió el caso extraordinario de que don Bonifacio no durmiese en su cama. Era su primera defección desde quince años antes en que fundara su obra. La inquietud de los señores inspectores no les permitió conciliar el sueño en toda la noche.

Don Bonifacio sabía que la mentira es una de las cosas más vituperables de este mundo; pero la verdad no podía decirse. Además, ¿cuál era la verdad?

El director se veía en un apuro al tener que precisarse qué parte tomó su voluntad en la escapatoria. Era evidente que se separó del señor Acisclo, medio loco; no menos cierto que hasta pensó en el suicidio y que puso más presteza en arrepentirse que en pensarlo; de una autenticidad indudable, que se asustó cuando vió los progresos que el mal de amor hacía en sus sentidos; y verdad como un templo la de que, dispuesto en absoluto a la rectificación y a la valoración serena de las circunstancias para adoptar la línea de conducta más conveniente, entró en un café sin saber dónde entraba.

Lo primero que sacó a don Bonifacio de su abstracción fué el que una muchacha, linda y sonriente, le pre-

guntase qué deseaba. Lo segundo, el ver cómo un jovencito, que el director juraba se parecía a Pepito de una manera sorprendente, se deslizaba hacia la puerta y desaparecía por ella cuidando de que nadie lo viese. Don Bonifacio sonrió pensando en que fuese él. ¡Pobre niño; huir cuando el director estaba tan interesado en pasar él mismo desapercibido! Y luego... Luego, don Bonifacio consumió copa tras copa, olvidándose de la cena y de que las horas pasaban, en una meditación larga y laboriosa.

La muchacha, linda y sonriente, tuvo que volverle a la realidad:

—¡Si al señor no le contraría! Es porque se va a cerrar.

Don Bonifacio pagó lo que consumiera, y lentamente se dirigió a la calle. En la puerta se quedó unos minutos, vacilante, sin saber qué hacer. No había tranvías; apenas si transitaba gente por la ancha vía; oyó que le invitaban a seguir hacia un sitio desconocido, y aceptó.

Cuando volvió al Colegio, al siguiente día, se sintió anonadado, envilecido, y se encerró en la Dirección, dispuesto a no salir de ella hasta sentirse seguro de sí mismo, hasta ser el mismo don Bonifacio que fundó el Colegio y lo rigió con ecuanimidad nunca bastante alabada hasta aquí.

—¿Qué te pasa, Pepito?

—Nada, Gutiérrez, nada; la desgracia que se ceba en uno. ¿Querrás creer que anoche, cuando estaba más tranquilo en el café hablando con la Aurora, se le ocurrió entrar en él nada menos que a don Bonifacio?

—¿Y te vió?

—Yo creo que sí.

—Pues no seas tonto; a ver si nos descubre y nos chafa la combinación.

—Por mí no ha de saber nada; pero ¡no me faltaba más que eso!

—Ojito, ¿eh? No vayas a soplar y te soplamos.

—¿Soplar yo? Tú no me conoces, Gutiérrez. Si me quejo, es porque iba yo muy a gusto en mi machito, para tener que ir a pie ahora; pero ¿no comprendes que si yo dijese algo era yo el primer perjudicado?

Gutiérrez no se quedó muy conforme con la explicación. Le parecía Pepito poco varonil, poco hombre, para resistir una bronca sin soltar prenda.

Afortunadamente, don Bonifacio ni nada dijo ni nada preguntó.

Frías estaba resuelto. Había oído una conversación en el jardín vecino, que ilustraba encantadoramente todas sus esperanzas.

—¿De manera que irá usted esta tarde por casa, señor Acisclo?—Oyó que preguntaba una mujer al portero. Y no perdió tampoco la respuesta de éste:

—No, esta tarde no; mañana. Dijo la señora que esta tarde no pensaba salir. A lo mejor hay contraorden; pero yo tengo que estar en mi puesto, por si acaso.

Y Frías retuvo singularmente lo de que “esta tarde no pensaba la señora salir”.

La primera consecuencia de esta noticia fué la de que Frías no dejase un momento su observatorio. Y pasó mucho tiempo antes de que pudiese anotar la observación primera.

A las cinco sintió el ruido de un coche. Un ruido que Frías hubiese distinguido entre los de dos mil coches. Un ruido para él particularísimo. Y confirmando el total acierto de Frías, no mucho después cruzó el jardín precedido del portero, como todas las tardes, un viejecito de grandes patillas blancas, de esos que sólo se ven de tiempo en tiempo en la escena y que cualquiera creería ver en una Embajada, en un alto puesto decorativo, pero no en una aventura de amor, y mucho menos con mujer de

la calidad, de la juventud y de la hermosura que la dama rubia.

El caballero penetró en la casa y el señor Acisclo volvióse a su portería. Frías se dedicó entonces a correr con la mirada de balcón a balcón en busca de algún movimiento que le indicase el lugar de la cita. Frías se vió completamente defraudado.

Y pasó el tiempo sin que el más leve indicio viniese a satisfacer su obsesante afán, su curiosidad infinita. Un tiempo que a Frías le pareció una eternidad. Mas un tiempo que trajo al escolar la mejor de las recompensas, puesto que al salir el caballero anciano, la dama rubia no sólo le acompañó a la puerta del jardín, sino que cruzó el jardín con él encantadoramente sugestiva, capaz por seductora en esta tarde de justificar, no ya las románticas exaltaciones de don Bonifacio, sino las locuras reales de todos los directores de Centros de enseñanza de este mundo y hasta de algunos de los demás.

Y aun por si todo fuese poco, la dama rubia, después de despedir al caballero, se quedó deambulando por el jardín y hasta se hizo sacar de la casa una mecedora, con lo que denunció su deseo de quedar en él hasta Dios sabe cuándo.

Frías tembló como si le amenazase un peligro de muerte. Todas sus acariciadas resoluciones quedaron en suspenso, porque, pese a su voluntad, un temblorcillo le corría el cuerpo y una sequedad extraordinaria ponía fuego en su garganta al pensar que habría de pasar ante ella, hablarla, aprovechar, en fin, la ocasión esperada que nadie sabía cuándo podría volver a presentarse.

Frías parecía clavado en el balcón, en la contemplación absorta de la bella. Tan clavado, que no encontraba en sí las fuerzas para desasirse. Y allí siguiera sin una luminosísima ocurrencia que le hizo separarse del observatorio rápidamente, dirigirse a su

armario, abrirlo, sacar de él con todo cuidado una botella de cognac y servirse de ella unas copas, que al principio le dieron un calor extraordinario, como un acentuado fuego en las mejillas y en el ánimo una fortaleza, como si los resortes de la voluntad hubieran quedado entumecidos y reaccionaran.

Para evitar toda posible defección en el momento crítico Frías remachó la seguridad, lo que equivale a decir que persistió en las copas, a pesar de tener ya logrado el efecto que en ellas buscaba; guardó la botella, cerró el armario, requirió el sombrero, y a pesar de que estaban para expirar las horas de recreo, Frías, con el paso firme y el ademán resuelto, abandonó el Colegio y se encaminó a la Colonia.

El problema, según Frías, consistía en hacer tiempo. Y la quiebra de todo el plan, en que la dama se cansase de estar en el jardín y cuando llegara Frías lo encontrase desierto. Todo el esfuerzo, vano entonces, toda la resolución, también; pero ¿y si estaba?

Frías caminó un trecho adoptando definitivamente las palabras que habría de decir e imaginando las que le habrían de ser contestadas. Si se escribiese la conversación por Frías tejida, nos encontraríamos seguramente ante un diálogo digno de figurar en la más alta comedia de las ilusiones.

En las pausas forzadas de aquella conversación pudo observar Frías que venía de los Pinares un aire delicioso, que el frío era una leyenda adjudicada al invierno, y que la noche se acentuaba mucho más de lo que fuese de esperar, dada la hora que marcaban los relojes.

Frías tembló por la hora de la cena, de la cena de la dama rubia, y resolvió volver. Antes quiso asegurarse de que sus facultades se encontraban en todo su apogeo, y Frías decidió visitar un bar, que apenas si respondía a su nombre, pero en el

que se vendían todas las bebidas venenosas correspondientes a los bares de verdad.

Asegurarse Frías de que discurría espléndidamente y volver a marchas forzadas hacia el Colegio, todo fué uno. Cuando apenas le quedaban trescientos pasos para llegar acortó de nuevo el paso. Y aunque parezca imposible, resucitaron todos los temores, todas las vacilaciones anteriores.

Frías necesitó sentir en sí el escalofrío de los héroes para llamar resueltamente en el hotel de la dama rubia.

Asomó el señor Acisclo, con cara de pocos amigos:

—¿Qué desea usted?

—Pasar, si es posible. Soy un alumno del Colegio de al lado, que me retrasé...

—Espere, que no sé si podrá pasar estando la señora en el jardín. Voy a consultarla.

Frías tembló, como si de labios de la señora y por la grosera boca del portero pudiese venirle su sentencia de muerte.

Mas apenas un minuto pasado, el señor Acisclo volvió a aparecer, abrió la puerta de la verja y dijo respetuosamente a Frías:

—Pase usted.

Y Frías pasó. Pero lo primero que se le ocurrió fué averiguar por dónde habría de saltar, y lo preguntó al señor Acisclo.

—Siga por esta avenida y encontrará puesta la escalera.

Frías comenzó perezosamente el camino mirando a todas partes. ¡Es singular—se dijo—que una mujer como ella consienta estas cosas! Y algo más hubiese tenido tiempo de decirse, de no encontrarse de pronto en la gloria que daba acceso a la casa y en la que la dama rubia continuaba, balanceándose en la mecedora mientras la doncellita de características acentuadas reía locamente.

Calló la doncellita al aparecer Frías en el más lamentable estado de espíritu; a un gesto de la señora desapareció la muchacha.

La dama rubia miró a Frías de alto abajo; Frías quedó como entontecido de la emoción, el sombrero en las manos y un tartamudeo sobre los labios. Y así hubieran seguido quién sabe cuánto tiempo, de no venir a resolver la situación la dama rubia preguntando, con la más dulce de las sonrisas:

—¿Estudia usted en el Colegio de al lado, verdad?

—Verdad, señora.

¿Qué pudo ocurrírsele a la dama rubia en presencia de Frías? ¿Qué estuvo divagando antes en las horas de la soledad, en la atmósfera tibia, en el vaivén voluptuoso, en el silencio, turbado sólo por alguna canción venida del jardín o de los cuartos de los estudiantes? ¿Y qué concreción encontró todo ante el aspecto de Frías, doblegado, achicado, como temeroso, como doliente?

—¿Quiere usted descansar un momento antes de ir, o tiene prisa?

—¿Prisa?—Frías, que resistiera el examen encogido y tembloroso, que apenas si osó levantar la mirada y contemplar de cerca y fijamente a la seducción, le pareció que con la pregunta lo traían de la Luna, adonde se elevase distraídamente—. ¿Prisa de qué?

—¿No cenar a hora fija?

—Sí; pero ya me retrasé para la cena, y ahora advertirían mi entrada más que luego. Es un nuevo favor el que me hace con el ofrecimiento.

Entonces la dama rubia dió orden de que trajesen otra mecedora a Frías. La trajo la doncellita, no sin gran sorpresa suya, y se sentó Frías, más tranquilo y confiado ya, como si en esta noche después de lo acaecido todo fuese no sólo posible, sino propicio.

—¿Y estudia usted?...

Quería saber la dama para qué. Frías contestó como si no lo entendiera:

—Debería estudiar.

—¿No tiene afición a los libros?

—Se la tuve.

—¿Y por qué la perdió?

—Porque yo no sé distraer mi atención en dos cosas a un mismo tiempo. Cuando sólo tenía los libros, estudiaba; después... dejé de estudiar.

La dama rubia pensó, indudablemente, en alguna aventura de Roque Frías. ¿No era cosa de la edad? Y sonrió de nuevo para preguntar:

—Entonces, la pregunta no es por qué dejó usted de estudiar, sino por quién.

—Exacto; esa es la pregunta.

—¿Y la respuesta?

—La respuesta, señora, acaso no es de este lugar ni de este momento.

—Es pedirle demasiada confianza, es verdad—y se confesó dolida en el tono.

—Si fuera pedirla, señora, sería un encanto; pero me temo que no le parezca lo mismo tomarla.

Esta vez la dama se consoló del dolor; mas se sintió herida de sorpresa.

—¿Y qué es lo que debiera estudiar?

—Matemáticas. Mis padres quieren que sea ingeniero de Caminos.

—Lo será usted, apenas se le pase el sarampión.

—Me temo que no.

—¿Es usted de Madrid?

—De Taramaragón; un pueblo andaluz en el que pasé mi vida, hasta este año en que vine a Madrid por vez primera.

—¿Y es allí?...

—No.

—¿En Madrid?

—Tampoco.

—¿En la Colonia, entonces?

—Es posible que en la Colonia.

—¿Cerca?

—Más bien lejos.

—Es difícil que dé con ello, porque apenas si conozco a nadie.

—Es difícil, aunque no por falta de conocimientos.

—¿Usted cree?

—Lo afirmo.

—¿Pues no dice que lejos?

—La distancia no es de lugar sino de altura. A veces lo más cerca a nosotros es lo más distante. A veces lo imposible duerme en nuestra cabecera.

Esta vez fueron dos las sorpresas de la dama rubia. La primera nació en la confirmación de lo sospechado, aunque la sospecha fuese acaso risible. La segunda en las palabras, en la manera, en el tono, en la seguridad de la expresión de quien minutos antes tartamudeaba de la más extraña de las maneras. Bien es verdad que de esta segunda sorpresa participaba Frías. La dama encontraba la explicación en la exaltación amorosa. Frías, más prosaicamente la hallaba en aquel cognac que ingiriera con tanto disgusto y con tanta fe.

—¿Y usted?—era de Frías la pregunta.

—¿Yo, qué?

—¿Y usted vive aquí siempre?

—Casi nunca.

—¿Prefiere Madrid?

—Tampoco.

—¿Entonces...?

—Viajo. Me place el extranjero. La mayor parte de mi vida la paso en ferrocarril. Hago temporadas en París, en Londres, en Italia. Y ahora vine, porque me recomendaron el reposo, la calma, la vida en plena naturaleza si era posible. Y como el sacrificio era demasiado grande, opté por la Colonia que es el campo, pero que es Madrid.

—¿El médico quizás la aconsejó?

—El médico y yo misma, que lo estimaba necesario.

—Cuando se dijo que usted venía, es difícil que pueda usted imaginar la curiosidad que despertó.

—¿Se sabía quién era?

—No; ni aún se sabe. Por eso era la curiosidad.

—¿Y después?

—Después... Unos han desistido de averiguarlo. Otros, más tenaces, han querido penetrar el enigma. Y alguno, es posible que del enigma mismo se halle intoxicado.

—¿Y usted?

—De mí, ¿a qué hablar?

Hubo una pausa. Pausa en que la dama rubia y Frías se examinaron de nuevo como si antes no se hubieran visto, fijamente, tercamente, hasta indiscretamente, por la tenacidad y la falta de disimulo en las miradas; como si más que observación fuese un reto.

—¿Me ha dicho usted que estarían cenando en el Colegio?

—Así es.

—¿Usted no cenó?

—Tomé unas cosillas.

—Unas cosillas que no hacen la cena de un escolar. Me parece que ha de ser usted hombre de apetito.

—En estado normal, sí.—Y Frías sonrió.

—Pues si se siente usted dispuesto a hacer honor a una pequeña colación...

—Es demasiado.

—¿Demasiado qué?

—Demasiada bondad de su parte y demasiado abuso de la mía.

—No lo crea así. Estoy tan sola, que su compañía de esta noche es un premio extraordinario. Un premio que me inspira el temor de que usted se retrase demasiado y se exponga a un disgusto por parte mía.

—Si lo piensa usted así, voy a tener que aceptar la colación.

La dama rubia se puso de pie y Frías la imitó. Y juntos se dirigieron a la casa en la que Frías penetró con emoción difícil de explicar, como si resurgieran todos sus miedos, todas sus timideces, todos sus balbuceos.

—¿Le gusta a usted mi nido?

—Está tan más allá de cuanto vi, que no encuentro palabras para decirme a mí mismo lo que me parece.

—Vamos, no se burle, ¡tan modesto como es!

—En comparación a sus merecimientos, sí; con relación a cuanto vi hasta ahora, no.

—¿No se creará en el caso de pagarme en piropos el hospedaje?

—Me parecería que empuñecía la cuenta.

—¿Y usted no salió nunca de Taramaragón?

—Ya se lo dije.

—Pues debe ser un pueblo extraordinario.

—Vulgar hasta dejarlo de sobra.

—La muestra no es así.

—Es que hay momentos en que no lo parece, pero lo es. Es la influencia del ambiente, de la compañía. Como una habitación oscura no deja de serlo porque transitoriamente, brevemente, más de lo que fuera justo, tenga un arco voltaico. Los prodigios míos, si hay prodigios, son de usted.

—Vamos, está visto que he de renunciar al torneo. En Taramaragón se encuentra respuesta para todo.

—En Taramaragón, cuando usted va. En el camino cuando vuelve usted.

—Renuncio definitivamente. Ese es su sitio.

Se asentó Frías, la dama un momento después. Coincidiendo en el ademán cogieron sus copas, instintivamente Frías alargó la suya, acercóse la de la dama, chocaron, y silenciosamente, mirándose a los ojos, bebieron un sorbo en el más elocuente y en el más misterioso de los brindis.

Y la cena empezó.

—¿No se le hará tarde?

—La falta ya no será mayor ni menor de lo que es.

—Por mi culpa.

—No, por la mía.

—Sin haberme visto hubiese usted llegado aún a tiempo.

—Se engaña.

—Usted lo dijo.

—Es verdad; pero, ¿por qué salió?

—Eso es lo que antes no quiso decirme.

—Eso es lo que dije tan claramente, que solamente quien no quisiera entenderlo no lo pudo entender.

—Habló usted de un amor en la Colonia.

—En la Colonia.

—De un amor que, estando cerca por la distancia, resultaba lejano por la altura.

—Así fué.

—¿Entonces?...

—Entonces, ya ve como todo lo dije. Salí con el decidido propósito de retrasarme. ¿De quién era la culpa?

—Si fué así, de usted; pero ¿qué ganaba con el retraso?

—Lo que la fortuna quiso que efectivamente ganara.

—Pero ¿qué ganó? ¿Qué ganas de obscuridades tiene siempre en lo más substancioso!

—Es que la claridad excesiva me asusta.

—A mí no.

—Pero dígame usted, ¿si no llevo a retrasarme hubiese tenido la fortuna de verla?

—Pero ¿fué por mí?

—¿Necesita aún la confirmación?

—¡Niñadas!

—Eso será, cuando usted así lo llama. Mas por esa niñada he estado viviendo desde que usted tomó posesión del hotel. Asume un momento si quiere al balcón. Mire, aquel del chaflán corresponde a mi habitación de estudiante. Si ha mirado usted a él alguna vez, enterándose, habrá visto que siempre tenía las persianas corridas. Si usted hubiese tenido tiempo que dedicar a la observación, hubiese pensado que ese cuarto pertenecía a un estudiante amigo del aire libre, que no estaba en su cuarto sino por equivocación. Y se hubiese usted equivocado lamentablemente. El estu-

diente que ocupa ese cuarto, se pasa la vida en él, mirando por las persianas lo que ocurre en esta casa y en ese jardín. Y ha considerado que era el momento más feliz de su vida, aquel en que una persiana recorrida a destiempo por el aire, le ha dejado ver, aunque instantáneamente, solo el fondo de un cuarto de baño alguna vez, y la *chaise-longue* en que soñaba usted mirando al techo, muchas.

—Pero eso es grave.

—Muy grave. Y si no temiese molestarla, si no pensara que correspondo muy mal a la hospitalidad que usted me dió y a la ventura sin par que me ofrece, aún la daría motivo para pensar que es mucho más grave de lo que usted puede creer.

—Pero digo yo, ¿qué pude yo hacer para dar lugar al milagro?

—¡Si no tenía usted que hacer nada! Y a usted no puede sorprenderla. ¡Tendrá tantos milagros de estos en su vida, muchos de ellos ajenos a su voluntad, muchos de ellos fuera de sus noticias!

—Yo lo que tengo es la seguridad de que no ha bebido usted lo bastante para estar alegre. De manera que tengo que achacar la virtud a Taramaragón. Usted habla con una velocidad de que yo no podía formarme idea.

—Y usted me llama discretamente la atención, para que no prosiga. ¡Qué he de hacer!

—No, no es eso. Es que me da un poquito de pena. Yo creía que en los jóvenes, yo no soy vieja, se producían estas exaltaciones; pero es que todo necesita una causa. ¿Sabe usted, siquiera, cómo me llamo yo?

—Lo sé.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Nadie. Dos meses de atención constante, dos meses dedicados por entero a la observación, enseñan muchas cosas. Un día, es el jardinero que habla; otro, la doncella que dice. Si los oye usted, no dará importancia a lo

que escucha; pero yo ¡no es lo mismo! Una tarde le oí decir a ese caballero que viene todas las tardes. “No salgas Amalia, que la tarde está fresca.” Ya ve una minucia; pero una minucia que enseña un nombre. Y cuando se conoce una cara de mujer, y el nombre familiar de esa mujer, ¿cree usted que no se sabe bastante?

—¿Y usted lo ha dicho?

—Para mí mismo, mil millones de veces. Los demás ¿qué tenían que hacer, ni saber, en lo que yo considero mío solo?

—¿Y qué sabe usted más de mí?

—Más... Acaso lo que no quisiera saber. Que es usted una gran señora que pasea su belleza por Europa, dejando no sé si más enamorados que envidiosas, o más envidiosas que enamorados; pero pocos felices a su paso. Que no falta usted a ningún homenaje, y que usted los recibe y los rechaza, según el momento en que llegan a usted, pero sin poner nada de su corazón en ello. Que va usted por el mundo como por un jardín, sin preocuparse más de lo que le dicen que de las flores que puedan tronchar y pisar sus pies sin darse cuenta. ¿Y qué haría falta más extraordinario, para quien sin conocer la vida crea que encontró la suprema verdad y esté dispuesto a todo por ella?

—Es usted sorprendente, amigo mío. Sin ese tono, sin ese fuego de sinceridad inimitable, yo creería encontrarme ante un recitador, ante alguien que aprendió un papel creyéndolo interesante y lo dice jugándose en él todas las probabilidades de una aventura; en usted, no sé qué me parece, un algo...

—Que la da pena. ¿Y por qué?

—Porque por ahí no va usted a llegar a ingeniero de caminos.

—Es posible.

—Vamos a ver, ¿usted cómo se llama?

—Roque Frías.

—Bueno, Roque, contésteme con sinceridad; de ella depende que yo le dé

de aquí en adelante un trato u otro. Usted suponga que yo acabo esta conversación de una manera un poco dura y le digo a usted ceremoniosamente: señor don Roque Frías, ruego a usted que tenga la bondad de salir al jardín, saltar la tapia del Colegio, subir a su cuarto y acostarse y dormirse, que es lo que necesita. Y que no vuelva a ocurrir, porque esta misma noche doy orden al portero de que no le facilite más la entrada al hotel. ¿Qué haría?

—¿Es una indicación de que debo hacerlo?

—Síntese y conteste. Es una pregunta.

—Obedecería.

—¿Contento?

—Dolorido, avergonzado.

—¿Y qué más?

—¿Qué sé yo lo que haría más! Cualquier tontería, cualquier cosa que a usted le parecería seguramente un desatino; todo menos olvidarla; todo menos procurar dejar de verla; todo menos dejar de pensar en esta noche y en esta cena, que usted me dió, y en esta charla; todo menos aborrecerla.

—Muy correcto, muy gentil y muy galante. ¿Cuando yo digo que usted no es de Taramaragón! Pero vamos a otra pregunta.

—¿Y si en vez de decirle correctamente que se fuese, le dijera mimosamente que se quedara?

—Me quedaría loco de contento. Y pensaría que ya podía morir cualquier día, en la seguridad de que había gozado la mayor felicidad de este mundo y que no podría lograr otra semejante.

—Añada usted, hombre: de no ser que yo le dijera lo mismo y de la misma manera otra noche. ¿No es eso?

—Eso es.

—Bueno, pues después de haber contestado a las dos preguntas, me deja usted igual que antes de haberme dado las respuestas. Porque yo,

le doy mi palabra de honor, no quisiera tronchar, advertida ni inadvertidamente la flor de su homenaje ¿estamos? Y le aseguro a usted, señor don Roque Frías, que después de una hora de meditación estoy en el mismo punto que cuando empecé a meditar. ¿Me quiere usted decir cómo le hago menos daño?

—¿Y me lo pregunta?

—No, no es eso; entendámonos. No hablo del bien o el mal de esta noche, no; hablo, pienso mientras hablo, en el mal indudable de mañana y de todos los días que habrán de seguirle. Porque yo, soy todo eso que no sé quién le ha contado y que usted me ha referido. Soy todo eso, menos naturalmente las exageraciones con que usted ha querido favorecerme. Y mañana ¿quién sabe si mañana mismo, efectivamente mañana, u otro mañana que no esté tan inmediato, pero no lejano, me iré de aquí como vine, sin que nadie sepa adonde voy, ignorando todos por qué nueva senda me encamino. Es decir, todos no, todos menos ese caballero que viene todas las tardes y que es un buen amigo mío, un protector, un hombre de esos que ya no se encuentran y que si mereciese algún nombre sería el de hermano. Y ese sabría en donde estaba. Pero ese tampoco podrá seguirme en mi nuevo vuelo. Y yo tengo un buen amigo en cada gran capital adonde voy. Lo que no tuve nunca, y de aquí en adelante lo evitaré, fué la vecindad de un Colegio preparador de carreras. Y yo me voy; pero usted se queda. Y no sé, no acierto a decirme, amigo mío, cómo quedará usted menos intoxicado, menos envenenado de lo extraordinario; si siendo yo buena, o... pero si el caso es que no sé como ser buena con usted! ¿Quiere apagar la luz? ¿Quiere abrir ahora el balcón? ¿Siente usted frío? Conviene airear los pensamientos. Pero ¿en dónde se sentó usted que no le veo? Acérquese más, un poco más. Hay

que aprovechar el rayito de luz que entra para vernos las caras. A mi me gusta ver a la gente de frente. Vamos, deje esa mano, no actúe usted de seductor que eso no le va. Cada edad, amigo mío, tiene su virtud, su prestigio. En usted la osadía, el atrevimiento es algo que no le conviene. Créame usted; hasta que llegue a los veinte años, ¿cuántos le faltan?

—Tres.

—Pues hasta que llegue a los veinte años no cargue con las responsabilidades de la iniciativa. Su fuerte no es ese. Con la excepción, claro está, de que se dirija a alguien menor que usted. Luego ya, cuando le apunte el bozo, o se consolide, porque usted en eso se anticipa, entonces, sea usted temerario; pero rudamente temerario. Toda carta de más ahora es una baza que pierde; luego, toda carta de más, será una baza que gane. Y una baza de estas, amigo mío, representa siempre toda la partida. ¿Estamos?

—¿Pero qué he de hacer yo?

—Déjese llevar. La más ardorosa de sus defensas no la hará usted jamás. En la vida pasa eso siempre. En esta noche, ¿quién sabe! Probablemente no diremos la última palabra ni usted ni yo.

—¿Quién entonces, Amalia?

—¿Vé usted? Eso me gusta. Que me llamen mis amigos por mi nombre, es una cosa que me encanta; me parece más afectuoso, menos distante. Decía usted que ¿quién la dirá entonces? Lo desconocido, lo insospechado, lo que actúa en muchos momentos de la vida, y nos hace arrojarnos confiados a un abismo o retroceder espantados ante una cuna de flores. Hay veces en que lo más interesante de nuestra vida somos nosotros; otras, en que lo más interesante de nosotros mismos, está fuera de nuestro ser. De día no seríamos como de noche. A las doce de ayer, porque ya estamos en un nuevo día, yo no hubiese estado en el jardín, y de estar no le hubiese dicho una pa-

labra, y de decírmela usted, no hubiese respondido a ella. Y ¡era usted! ¡Y era yo! ¿Se convence?

—Me convenzo de que yo pensé, si alguna vez tenía la dicha de estar con usted—no así, que así no lo imaginé nunca, no me atreví ni a eso—, en hablar mucho, en decir cuanto pensaba, cuanto sentía, y ahora, ya ve, digo pocas palabras, las que digo me parecen torpes, y quisiera no decir ninguna por oír siempre.

—Ya se va usted poniendo de acuerdo con sus intereses. Es una insinuación muy delicada; pero, ¿quiere echarme este chal sobre los hombros? No, no es frío, es que ya tuve el gusto de decirle que vine a reponerme y algunas veces el fresco me hace daño; pero no me lo ciña tanto, no es preciso. Y además debo hacerle constar que disimula usted muy mal.

—¿Yo?

—Usted. ¡Si no tenemos por qué engañarnos! Porque yo que le digo que lo hace mal, le añadiré que me parece muy bien que lo haga mal. La torpeza en usted es otra arma de combate.

—Juega usted conmigo y se burla.

—Se engaña usted totalmente, querido Roque. Jamás, entiéndalo bien, jamás hablé con nadie con una sinceridad tan desnuda. Es esta una de las pocas veces en que se pueden desear los velos que encubren la expresión. ¿Qué conveniencia o inconveniencia puede haber en la más absoluta franqueza? Tan franca soy que creo como un Evangelio, y como un Evangelio que me halaga, en todas esas torturas que usted sufrió tras las persianas, en toda esa adoración que me quiso pintar y que no necesitaba ser pintada, cuando quien la había de ver con tan buena gana creía en ella. ¿Cree usted que si no creyera en ella habría hablado así? Esa fué su gran ventaja, que creyera. Y asústese usted de la contradicción, esa creencia es el más formidable ene-

migo que usted encuentra para cualquier concesión mía. Sin ese cariño no estaría usted aquí, mas sin ese cariño, cualquier acto mío no tendría trascendencia y ¡quién sabe lo que haría yo! Pero dígame, aquella luz que se ve en el Colegio ¿a qué cuarto corresponde?

—Al del Director.

—¿Habrá notado su ausencia?

—No lo creo. Yo no salgo nunca.

—Pero ¿no pasan lista en la cena?

—No. Y es cosa acostumbrada que falten muchos. Como salen por la tarde y meriendan, y algunos tienen en su armario fiambres, no se nota. Además el Director...

—¿También lo sabe usted?

—Yo soy de los que menos saben; pero Gutiérrez, el que pidió a usted permiso para pasar de un jardín a otro, lo supo por la doncella y lo ha contado a voz en grito. Yo creo que todos estaban en el secreto, menos él, que creía que no lo sabía nadie.

—¿Y no le habrá pasado a usted lo mismo?

—¿Quién sabe!

—Ve usted, esa es una rosa que troncho a conciencia. ¿Cómo no vernos hasta ese punto, y si nos vimos, cómo olvidarnos? Debe ser grotesco su director, de puro solemne que parece el hombre, metido en aventuras. Pero, dejemos eso; usted, por algo es Director, debe ver en él al hombre encargado de su tutela; ¿qué le importa que sea malo para él si para usted es bueno?

—Bueno sí es; pero tan preocupado anda, que si no existiera sería lo mismo.

—¿Y usted se queja?

—Me regocijo. ¿Cómo si no hubiera podido tener la mitad de las dichas que he tenido y la libertad de dedicarme por entero sin cortapisas ni obstáculos a mi quimera?

—Hubiese sido mejor; mas ¿a qué lamentarlo cuando ya no tiene remedio?

A un movimiento de la dama rubia correspondió la caída al suelo del chal que la cubría los hombros. Frías se apresuró a recogerlo; cuando elevó hasta ella la mirada, dispuesto a ceñirlo de nuevo encontró en los labios de Amalia una sonrisa inefable, en los ojos húmedos y brillantes como nunca, como una orden extraña, como la acentuación de un deseo, como una invitación indefinible. Frías dejó el chal sobre una silla cualquiera y...

Don Bonifacio sacó de sus nocturnas meditaciones la conclusión de que era indispensable reforzar la disciplina en el Colegio.

—La libertad—se dijo—necesita una especial preparación en los que han de usar de ella. En vez de concederla generalmente como hasta aquí, se hace necesario que la restrinja sólo para aquellos alumnos que yo entienda, por el continuo trato, en condiciones de usufructuarla. Para ello es necesario que dedique una mayor atención al Colegio y a los alumnos, que proceda al examen psicológico, que repase a unos y a otros hasta convencerme de que en sus cuartos se dedican plenamente al estudio y no a la lectura de novelas o cosas parecidas. Es sorprendente cómo me abandoné este año a la confianza. Y será un medio como otro cualquiera de disciplinarme, de corregirme, de olvidarme. Es cosa resuelta...

La imagen de Pepito saliendo precipitadamente de la cervecería cuando él entró le sugirió la idea de que acaso un castigo ejemplar al mejor descuido podría restablecer automáticamente la autoridad en sus manos. Y don Bonifacio abandonó su cuarto dispuesto a pasar entre su gente la más minuciosa de las revistas.

—¿Dónde has pasado la noche, Pepito?

—No hagas esas preguntas, hombre, que pueden oírte. ¿Es que me has visto saltar?

—No; es que me ha sorprendido verte a las seis de la mañana en el jardín, cuando aún no se había abierto la puerta, y como tú pecas de dormilón, la consecuencia era obligada.

—Pues te advierto que no he sido yo solo.

—¿Quién más?

—Eso no lo puedo decir.

—Hombre, esa reserva conmigo, no hace al caso.

—¿Has visto a Frías?

—A Frías no lo vé nadie. ¿Ha sido él?

—El ha sido.

—Pues sí que es sorprendente. Al primer tapón... porque seguramente es la primera vez que sale.

—Y que aún no ha vuelto.

—¿Pero sabes dónde está?

—Está en casa de la vecina.

—¿Y con ella?

—No digo yo tanto. Pero el portero, que me abrió con unas ganitas de que no puedes formarte idea, entre refunfuños y maldiciones me dijo que así con estos libertinajes nos poníamos malos, como el compañero que acaba de entrar y habían tenido que socorrerle porque se moría de angustia. Entonces le pregunté y lo que parece es que Frías cogió una melopea de las definitivas, y llegó al hotel y no pudo dar un paso más. Y debe estar durmiendo en algún diván o en alguna silla. ¡Cuando se enteré el Director!

—Eso es más grave. Verás como por ahí no nos viene nada bueno.

—Yo con tal de que no me descubran...

Y Pepito, aprovechando un momento en que la puerta del jardín al Colegio quedó sola, se deslizó hacia su cuarto, dejando a Gutiérrez haciendo soliloquios.

El Director, cosa extraordinaria, estaba pasando lista. Los que acudían tarde al desayuno lo advirtieron con gran sorpresa suya. Y en el índice alfabético al que se sometía se había parado en la F y de allí no pasaba.

—Señor Frías.

Y como lo repitiera sin obtener respuesta de ninguna clase ordenó a un criado que subiese al cuarto de Roque. El ordenanza trajo la desconsoladora noticia. El Sr. Frías no está en su cuarto y su cama está intacta.

Don Bonifacio quedó verdaderamente desconcertado. En cualquiera lo supusiese menos en él. Era la bancarrota del sistema, visible a todos. Era el escándalo. La lista quedó allí interrumpida.

—Es necesario averiguar a todo trance dónde está el señor Frías. ¡Le tiene que haber ocurrido algo!

Gutiérrez aprovechó la ocasión:

—Debe ser algo malo, porque Frías no sale nunca, ni en los recreos.

—Tiene usted razón, señor Gutiérrez. Nada, señores, a desayunar. Yo en cuanto ustedes acaben me encargo de hacer cuántas gestiones sean precisas.—Y el entrecejo del Director se frunció como nunca, por la más grave de sus preocupaciones.

Don Bonifacio no desayunó. Todos sus males de amor desaparecieron ante el problema que la realidad le ofrecía. Esto era peor que todo. Esta era la primera mala jugada de la fortuna. Este podía ser el primer paso en el precipicio. Y don Bonifacio se lo repetía mentalmente mientras se vestía para comenzar sus gestiones.

Un ordenanza entró y aprovechó el momento para decir al Director en voz muy queda:

—Señor Director; el señorito Pepito Jiménez ha pasado la noche fuera del Colegio.

Don Bonifacio, con voz de energúmeno, indicó al ordenanza el camino de la puerta.

—¡Salga usted de aquí inmediatamente!

No, aquello no podía pasar a su conocimiento. Era la concreción definitiva de su abandono. Podía ser; pero él no debía creerlo y menos ante la afirmación de un ordenanza. Ahora a buscar a Frías, que después... No, no; Pepito no acabaría el curso en el Colegio de San Ignacio. ¡Por estas que son cruces!

Frías se despertó con la luz del día; pero con la luz ya clara y definida de las ocho y media de la mañana. Unos ojos espían los suyos, una boca se le acercó.

—¿Es tarde?

—Muy tarde, chiquillo.

—¿Y ahora?

—No te inquietes. Ahora a desayunar. Y después...

Hubo una pequeña interrupción ajena a todo cuidado ni raciocinio.

—No seas loco. Voy a decir que avisen a tu Director. Apréndete la lección. Ayer merendaste firme. Bebeste una poca cerveza de más. Al llegar aquí te mareaste, y creyendo cosa de momento no avisamos. Después, has pasado la noche en un diván arropadito y te encuentras muy quebrantado. Esa es la verdad.

Y Amalia, apenas se realizó el programa en cuanto al desayuno se refería, envió al Colegio a la doncellita de características acentuadas con el ruego de que se presentase el Director.

—Señor Frías, no tengo motivo para dudar de la palabra de usted, y menos aún de la de la señora. Puede

usted volver conmigo al Colegio cuando guste. Y dar las más rendidas gracias por el servicio y los cuidados que se le han prestado.

—No hay por qué, señor Director. A estos trances todo el mundo está expuesto.

Pero Frías no encontraba su cuello ni su corbata y fué a buscarlos. La dama rubia lo siguió después. Don Bonifacio quedó un momento solo, meditabundo, reconcentrado, encendidas todas las luminarias de su ilusión, y anonadado por aquella intimidación que jamás pudo suponer y que acababa como unos celos, como un desengaño la riente visión de sus íntimas ambiciones.

Si el Director no hubiese estado tan absorto es posible que percibiera el ligero rumor de un beso largo, sostenido, agobiante y unas palabras quedas, acaso de Amalia, que decían:

—¡El último! ¡El último de toda la vida!

Y aún hubiera podido percibir en los rostros, cuando Frías y Amalia se presentaron ya con el cuello y la corbata, una turbación indecible. Pero don Bonifacio no era el Director ecuánime y sereno de otros tiempos.

Una despedida correcta y...

La dama rubia se ha ido sin que nadie sepa adónde ni por qué. El hotel está desierto como antes.

Pepito Jiménez ha sido expulsado por un quinto retraso. Ya sabemos que las resoluciones del Director en este punto son inapelables.

Y Roque Frías hace como que estudia, a conciencia de que no estudia, de que su pensamiento está muy distante del libro y del jardín, y de que ha de pasar mucho tiempo antes de que Frías pueda volver a estudiar.

J. Aguilar Catena.

Jabón,
moreno
2,20; A
lonia, 3
PROBA
color m
serie "I
Admirab
Rocio F
GUET, C
pastilla;
pera, N
clase ni
CORTÉ

PIERNAS
Y BRAZOS
ARTIFICIALES



TALLERES PROPIOS
LA ORTOPEDIA MODERNA
GRAN CASA CONSTRUCTORA



UNICA EN
CORSÉS DE
CELULOIDE



MEALLAS DE ORO



MADRID-ZARAGOZA

DE

GRAN PREMIO



PARIS-MILAN

APARATOS ORTOPEDICOS

GASAS
ALGODONES
VENDAJES
MULETAS

CESAREO ALONSO

FAJAS
BRAGUEROS
GOTIERAS
GOMAS

Fuencarral 104-MADRID-Telefono J.415



¡Mardito zea tu garbo
y mardita tu figura;
nunca más veas er zol
zi orvidas la PECA CURA!

Jabón, 1,40; Crema, 2,10; Polvos color
moreno (siete matices) rosa o blanco,
2,20; Agua Cutánea, 5,50; Agua de Co-
lonia, 3,25, 5, 8 y 11 ptas., segun frasco.
PROBAD los jabones, PROBAD los polvos
color moreno (siete matices), rosa blanco,
serie "Ideal", perfumes: ROSA DE JERICÓ,
Admirable, MATINAL, Rosa, GINESTA, Chipre,
Rocio FLOR, Mimosa, VERTIGO, Acacia, MU-
GUET, Clavel, VIOLETA, Jazmin, 3 pesetas
pastilla; 4 pesetas caja. NINGUNO los su-
pera, NINGUNO los iguala en perfume,
clase ni presentación. Ultimas creaciones de
CORTÉS HERMANOS --BARCELONA

**PARA BUENOS IMPRESOS
→ Y SELLOS CAUCHO ←**

Manuel López Ortega (hijos)

Encomienda, 20 duplicado

Gran rapidez. :—: Fundición diaria.

OBRAS

de Augusto Martínez Olmedilla

que pueden adquirirse en la Administración
de «Los Contemporáneos».

El templo de Talía
Idilio trágico.
Siervo y tirano.
Los hijos.

Donde hubo fue-
po...
La ley de Malthus
Siempre viva.

Precio de cada una, 3 pts.

Los lectores de «Los Contemporá-
neos» que deseen adquirir alguna, la
recibirán franca de porte enviando
a esta administración, por cada to-
mo que soliciten, 3 pesetas en sobre
monedero, giro postal u otro medio
análogo.

Lea usted:

Alrededor del Mundo

Almuerzo de Madrid

25 céntimos

**Aceites y grasas
-:- lubricantes -:-**

*insuperable
para
el engrase
de
los autos*

SUCESORES DE
E. Steinfeldt



OLEO-MOTOR

*Correas
de
transmisión
y algodones
para
máquinas*

Calle del Prado, núm. 15
Teléfono 984
MADRID

SUMMIT

Tónico nervioso

El **SUMMIT** combate la Anemia, la Debilidad geneneral, la Neurastenia, la Falta de Apetito, la Pérdida de la memoria, la Impotencia, la Parálisis, los Temblores, etc., etc.

Depositarlos: Gayoso, Arenal, 2. Madrid.
Segalá, Rambla de las Flores, 14. Barcelona.

Utilísimo a los convalecientes.
Pedid prospectos.

SUMMIT

Tónico nervioso

**DEBILIDAD, NEURASTENIA
CONSUNCION, CLOROSIS
CONVALENCIA**

ANEMIA
VINO
Y JARABE de
**Hémoglobine
Deschiens**

Todos los Médicos proclaman que este Hierro vital de la Sangre **CURA SIEMPRE**. Es muy superior a la carne cruda, a los ferruginosos, etc. Da salud, fuerza. — **PARIS.**

La dirección de este periódico advierte a los colaboradores espontáneos que no se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.

LOS MUCHACHOS

SEMANARIO INFANTIL

Se publica los Domingos.

MONTANO

Pianos de esta acreditada marca y de las más reputadas del extranjero. Los mejores aparatos para tocar el piano. Última creación en Autopianos y eléctricos. Armoniums y rollos extranjeros de música de 66, 73 y 88 notas. Primer servicio para el traslado de pianos. Salón de Conciertos.

**San Bernardino, 3
MADRID.**

Ayuntamiento de Madrid